

IVÁN SÁNCHEZ ZAPARDIEL

# SUEÑO



Iván Sánchez Zapardiel



Sueño

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Iván Sánchez Zapardiel, 2022  
© Editorial Planeta, S. A., 2022  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la colección: Compañía

Primera edición: octubre de 2022  
Depósito legal: B. 14.082-2022  
ISBN: 978-84-08-26343-2  
Composición: Realización Planeta  
Impresión y encuadernación: Rotoprint  
Printed in Spain - Impreso en España



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

$\alpha'$

—

Despierto.

La cabeza me zumba a una velocidad endiablada. Siento como si una colmena repleta de abejas enfurecidas por la violenta embestida de la testa de un minotauro se hubiese elevado veinte metros hacia el cielo y hubiera caído a plomo contra el poderoso cuerno del animal mitológico para ser salvajemente embestida de nuevo, empecinado el astado hijo de Pasífae en hacerle llegar a Zeus su deliciosa miel de Creta.

El zumbido de todas esas abejas en pie de guerra, como poseídas por un miedo irracional, me había arrancado de la profundidad del sueño al cual trataba de aferrarme para no volver a la realidad.

Era evidente que las defensas propias de mi cuerpo —o del alma, que aún se resistía a salir de él— se negaban, por algún motivo desconocido, a abandonarme de-

finitivamente en el placentero y oscuro túnel de muerte en el que me sumergía, que parecía desembocar en una minúscula y tenue luz que provocaba en mí un dolor fino y agudo, a la par de un deseo calmo y sereno de no querer volver más la mirada hacia atrás.

La sensación de paz, como de unidad, de algo que no acierto a describir, un lugar etéreo, nebuloso, incierto, imposible de evitar..., como un sueño de amapola adulterada, me envolvía y acariciaba al tiempo que atenazaba cualquier posible acción o voluntad de pensamiento. Flotaba navegando en un elixir líquido de dioses olímpicos.

Seguramente ha sido el único momento en mi vida —si es que era vida aquello donde me encontraba— en el que he sentido plena comunión con esto que nos ha sido dado. No sé el tiempo que pasó, pudo haber sido medio segundo, horas, años...

La punzada que sentí, caliente como una estaca de hielo encarnándose en mi cerebro, fue lo que me despertó abruptamente. Al natural hecho de abrir los ojos ante un de repente así, rollo..., empieza la película, primer plano de ojos cerrados abriéndose bruscamente después de una pesadilla terrorífica, con un dolor nivel hijo de puta y un sonido enloquecedor, le siguió la sorpresa no de lo que pude llegar a ver posteriormente, sino de la angustia de experimentar que no podía abrirlos.

Ni siquiera un mínimo resquicio de luz se aventuraba a colarse entre mis párpados, a pesar de que mi mente se afanaba en enviar mensajes neuronales ordenando que se abrieran, que al menos forzaran una delgada grieta por la cual poder visualizar en dónde me encontraba.

Recuerdo cuando, siendo pequeño, desperté una ma-

ñana con la misma sensación. Asustado, me llevé enseñada las manos a los ojos para palpar qué era lo que me sucedía. Aún hoy percibo nítidamente el tacto pétreo y rugoso en las yemas de mis pequeños y gruesos dedos de niño. Una especie de mocos secos cubrían mis pestañas y mantenían mis párpados sellados. Inmediatamente, llamé gritando a mi madre, que era el remedio a todos los males del mundo a esa edad. Y como un bálsamo para mi estado de susto y nerviosismo ante esa costra desconocida, me dijo tranquilo, mi vida, tienes sólo una conjuntivitis en los ojitos, corazón. No te toques con las manos que ahora mismo te preparo una manzanilla para limpiártelos con un poco de algodón y una toallita limpia.

Esa sensación de sentirse seguro, de tener el convencimiento y la tranquilidad de que uno podía contar con sus padres para cualquier cosa.

Fue lo primero que se me pasó por la mente, legañas, eso me tranquilizó en un primer momento. Hasta sentí un cierto alivio. Me vino a la cabeza esa sensación de gusto que experimentaba cuando al pasar un rato y el lagrimal dejaba salir alguna lágrima aprisionada, esa costra como de moco duro se empezaba a fundir y se transformaba en una plasta elástica y viscosa color amarillo verde pus. Al ir abriendo los ojos, no sin un gran esfuerzo, llegaba a entrever borrosamente una especie de pegamento estirándose entre párpado y párpado. Era un placer, ligeramente asqueroso, el hecho de conseguir la victoria ante los pegajosos invasores.

Ese alivio duró únicamente el milisegundo que tardaron mis manos en recibir la orden de dirigirse hacia mi

cara y percibir que nada sucedía. Cero. No hubo reacción de las manos, no sentí nada..., no percibía el hecho físico de mis manos, es decir, no tenía consciencia de poseer extremidades superiores, debían de estar varadas en algún lugar que yo no era capaz de identificar.

Silencio...

Acto seguido, después de unos cuantos segundos de intentar calmar la ansiedad provocada por este no sentir de mis manos, mi mente, disparada, se lanzó en búsqueda de alguna razón que pudiera darle explicación a lo que me estaba sucediendo en ese momento. Mi cerebro comenzó a torpedear órdenes desbocadas a todos los rincones de mi cuerpo para que pudiese reconocerse, para identificar la entidad corpórea que habitaba, el hogar, el vehículo de carne y hueso que tan buen servicio siempre me había hecho. Pero no había respuesta alguna. Únicamente la certeza de ese zumbido desquiciado, enjaulado dentro de mi cabeza, que me estaba volviendo loco.

La sensación de abandono corpóreo, esa maravilla que uno a veces percibe como si estuviera flotando por encima de su yo físico, como si uno fuese el público de su propia escultura momificada en esa fase REM del sueño profundo, se había hecho realidad, pero una inquietante y aterradora realidad.

Mi mente, mi cerebro, mi entero yo luchaba con todas sus fuerzas por sentir y reconocer mi cuerpo, que no sólo se negaba a responder, sino que ni siquiera era capaz de ser, de estar... Sólo encontré vacío. Era como si únicamente mi consciencia, mi entidad psíquica o mi alma, existiera, desamparada, y de manera objetiva, dentro de una realidad abstracta. Me pregunté por un ins-

tante si de verdad habría sido arrancado al presente desde ese túnel en el que me encontraba placenteramente ingrávido en mi sueño.

En este estado de alarma y desquiciada búsqueda me encontraba cuando en algún momento mi cabeza comenzó a acostumbrarse al zumbido, al dolor, a la no percepción de mi propio cuerpo. Mi mente debió de agotarse en el esfuerzo por tratar de entender y controlar toda la caótica realidad que de golpe me había sido puesta sobre la mesa.

Todos los patrones aprendidos en los que uno se reconoce a sí mismo en su existencia como ser humano a través de los sentidos habían saltado por los aires sin previo aviso dejando un vacío absoluto. Yermo. Desolado. Mi propio Chernóbil.

Siempre me han llamado la atención poderosamente las teorías de la evolución, la capacidad de adaptación. El reino animal y el reino vegetal —no sabría decir a qué me asemejaba yo más en ese momento, si me encontraba más en un estado vegetal que otra cosa—, se adaptan, se metamorfosean, hacen suyo y se camuflan en cualquier entorno, por muy negativo, agresivo o violento que sea. El instinto de supervivencia nos ha permitido llegar hasta donde hoy nos encontramos. Solamente eso es lo que nos mantiene. Y también lo que nos destruye.

Imagino que ese jodido instinto de supervivencia fue el que me doblegó y me obligó a un estado de calma forzosa. Dicen que en el silencio, en el vacío, uno encuentra la armonía, la paz y la clarividencia. El artista encuentra la inspiración. El deportista se adentra en una especie de estado que llaman «la zona», en el que uno deja de pensar y sólo actúa.

En mis circunstancias yo no podía «actuar», al menos físicamente. Así que, por lo visto, mi instinto me sumergió en esa «zona» en la que se fueron apagando los incendios provocados por mis miedos.

Mis constantes vitales bajaron a mínimos y en una especie de meditación obligada por la situación —porque me estaba volviendo loco ante la imposibilidad de ver, de moverme, de sentir y percibir mi cuerpo— entré en un trance en el que, simplemente, yo ya no era yo.

Fue entonces cuando percibí que mi entidad como yo se comenzó a expandir fundiéndose con mi entorno. Como una nube fui situándome, levitando por encima de mí mismo. Y a raíz de verme desde afuera, al alcanzar a percibirme observándome como un segundo yo, mis sentidos debieron de regularse y, poco a poco, comenzaron a despertar, por decirlo así.

El primer golpe de realidad inmediata me lo sirvió mi olfato. Con la vista anulada y el tacto desaparecido, fue un olor nauseabundo el que trepó por mis fosas nasales para estallar en mi bulbo olfatorio como una granada de mano en un cubículo de dos por dos sin ventanas. Incapaz en un principio de reconocer, por el aturdimiento, cada uno de los diferentes olores que me golpearon, cuando la onda expansiva pudo difuminarse un poco me concentré en proceder a examinar y diseccionar cada uno de los aromas que se escondían en esa caja de Pandora de perfumista.

Estoy convencido de que las náuseas que me asaltaron me habrían hecho vomitar toda la bilis que hubieran podido contener mis intestinos. Y en realidad no sé si vomité o no, porque la ausencia total de percepción físi-

ca de mi cuerpo me impedía saberlo a ciencia cierta. Imagino que no llegué a regurgitar, porque me habría ahogado en mi propio vómito. Y lo cierto es que, a pesar de lo nauseabundo y el asco que me producía, continué en mi tarea casi científica de perfumista, de sacarle detalle a eso que estaba respirando.

Empecé por reconocer una sensación de humedad fétida. Viajé por una cloaca de ladrillos humedecidos durante siglos por la acción del agua estancada y sin luz solar. Me asaltaba la imagen de esas paredes subterráneas que llevaban impregnada una pátina resbaladiza, hogar de infinitas bacterias y microscópicos seres que serían los únicos supervivientes de una hecatombe nuclear. Visualicé un color verduzco dando lustre a la superficie gelatinosa.

Y creo que fue ese color lo que me disparó el primer atisbo de realidad de dónde me encontraba. A modo de escena de película pasada en *fast-forward*, dando eléctricos saltos de *zoom* a lo largo de los túneles que se iluminaban de un verde fluorescente debido a la velocidad de la cámara, de pronto me precipité por la bocana de la cloaca a un bosque profundo, sombrío y antiguo.